Rescate del olvido

Sabía que vendrían a buscarla aunque desconocía el día y la hora. Ya se habían llevado a otros en un aleatorio circuito de meses, semanas, minutos y fracciones de segundo. Y ella no sería la excepción aunque guardaba una leve esperanza de que la preservaran como pieza de museo, objeto de colección o criatura exótico de zoológico.

El último recuerdo que tenía de su vida anterior era del otoño del 2023. Hasta ese momento vivía bajo el nombre de Carola Juárez junto a sus padres y hermanos en una casa de dos plantas en el primer cordón del Gran Buenos Aires. En el 19 había votado por primera vez a un partido antiguo y dominante, disuelto al poco tiempo. Su idioma era el castellano pero hoy estaba contaminado de grafías foráneas y frases sueltas y agudas en mandarían que se disolvían y hacían casi estéril la lengua materna, su verdadera patria.

Recordaba el nombre Argentina y también el continente América, hijo dilecto de España. Había vestigios en su memoria de una escuela, una calle cortada, un barrio, lecciones de Historia aprendidas y que su país había sido un crisol de razas.

Pero eso ya no importaba. Habían pasado más de 30 años de su antigua juventud y a los 50, la consideraban un animal de carga, útil por otras décadas, aunque más tiempo del esperable y esperado. Analizaban su piel clara, con máculas oscuras y de bordes divergentes y esos ojos cristalinos que perdían brillo y color hasta parecerse al agua.

Agua. Aún sabía cómo escribir en castellano y con caracteres latinos esa palabra. Se imaginó en un río espeso y ancho como el mar que en días de vientos del sudeste o tempestad se volvía bravo y traicionero. Era el río que había traído a tantos en búsqueda de algo nuevo. Un río de orillas amplias y dispersas que convocaban lo distinto para albergarlo.

Se vio rodeada de esa llanura infinita que la devolvía a la infancia. Recordó a un autor cuyos libros habían sido quemados en el 2029 por representantes del nuevo imperio pero cuyas cuentos y poemas circulaban en la mente de lectores que en el pasado habían sido hispanoparlantes. Y también del inglés, del francés, del alemán, del italiano y hasta del ruso y del árabe en eternas traducciones que lo inmortalizaban. Balbuceó un nombre: Borges y tímidamente su boca esculpió con fineza una frase: “un destino no es mejor que el otro pero todo hombre debe acatar el que lleva adentro”. Comprendió en ese instante cuál había sido el suyo: recordar, preservar y reconstruir en su mente, hasta que los otros la vinieran a buscar, los retazos del castellano. Alguien le allanaba el camino. Borges.